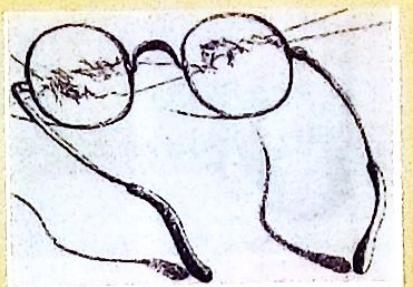


Edwin Guzmán Ortiz:

Infracuentos, narrariorios y mitómanos

El destacado escritor orureño nos presenta un lúcido ensayo sobre narradores y narraciones



(SEGUNDA DE TRES PARTES)

No es posible un buen pedazo de la literatura ni la propia Historia (con mayúsculas) sin la narración. O dicho de otro modo, son insostenibles las historias -en su doble dimensión anglosajona: History o Story- antes del relato. De ahí es que tanto el rostro de los individuos, el de los grupos y conglomerados emerja de los relatos, imaginaria, anecdóticos y cuentos de los recordadores: de quienes viven y se ven vivir. Por ello es que la narración, lenguaje que da cuenta, es una de las expresiones más vigorosas de la literatura; su casa es la palabra: la palabra que circula irrestricta en las hablas cotidianas, en la voz de los que van contando sin cesar lo que sucede o les sucede, de quienes trazan las marcas y los rastros de la procelosa aventura de vivir.

Pero la literatura pugna por rebasar los límites, aventurarse a un más allá de lo predecible. ¿No se encuentra acaso siempre sostenida por ese esfuerzo de salir de todos los perímetros, de violar su propia materialidad, de hablar de lo inconcebible, de no ser tras una mueca omnisciente? Las ideas de Mauthner sobre lo "inefable", lo que está necesariamente fuera del lenguaje se aproximan a la concepción de Wittgenstein de "lo místico". A propósito, declaraba Beckett, "busco la voz de mi silencio".

La literatura, de este modo, opta por itinerarios que evitan las barreras de las prohibiciones, que conducen a decir lo que no podía ser dicho. Inventar en literatura es redescubrir palabras e historias soterradas al olvido, por la memoria individual y colectiva.

El inconsciente -zona de otredad mental- es la comarca de lo indecible, aquello que se halla más aquí del lenguaje, aquello que yace en el reino instaurado por las prohibiciones; el inconsciente se dice desde otros códigos: los sueños, los actos fallidos, los lapsus, las asociaciones automáticas (tan caras a la doxa freudiana), hasta que la literatura rescata estas zonas y las integra al lenguaje de la vigilia; las visto de personajes, les apadrina historias, recatando de este modo la otredad, la cuarta dimensión, el tercero excluido, el mandala, la cuadratura del círculo. "El automatismo es la voz que llega del otro Ido, es la guía llameante de los perplejos", señalaba a propósito Perelman.

Las alianzas entre el juego combinatorio y el inconsciente del relato tienen un alto poder revelatorio; el famoso calambur entra en escena: los símbolos soterrados van asumiento paulatinamente el cuerpo de una palabra, la palabra encarna arduamente en una voz y la voz cincelando el escenario en el que la fuerza del relato pone en escena la apariencia de una historia que no es sino la encarnación secreta de un fantasma social y visceral.

Mas, el narrador no puede definirse en su sola condición de uno y el mismo. Este flujo que asciende de abajo termina multiplicándose, siendo la expresión de esta polivalencia sus múltiples personajes. Así como Boccaccio se desdobra en Saladino, Rinaldo D'esti, Tebaldo y Simona; Poe es a su manera Dupin, María Roget o Robert Jones; y Cerruto no

deja de ser -en los corsi e ricorsi histórici- Vicente, Ana, Eliecer. Dentro esta pluralidad se diseña el arco de tensión entre el yo y el otro. Los personajes encarnan esta polaridad y dan pabulo a un campo de juegos infinitos. El ego y el otro. Pero ¿quién es el ego? ¿Dónde está está el otro? El ego es seguro el otro no lo es. Inubicable, inubicable, sin embargo hablan siempre. Por lo tanto, lo que caracteriza esta suerte de diálogo es que sólo significa un intercambio de palabras entre dos egos diferentes. Dos egos que traman identidades disímiles. Por ello, esta relación se proyecta como la causa que rebasa el movimiento mismo de la comunicación. Excede toda comunidad, y escapa las posibilidades de una definición; ese intercambio permanente de signos funda alternativamente un orden o un des-orden. Éstos no dialogan por las palabras que intercambian- en el fondo están apasionadamente silenciosos- sino por los datos que echan en la noche inmensa de la suerte, la que les responde a su vez imprevisiblemente. Inexplicablemente.

Pasar del "yo" al "él", del "él" al "nosotros" y de nuevo al "yo", entrando en ese juego distributivo de los pronombres, máscaras que redimen las identidades de la ficción. Muchas veces en un mal relato se percibe que alguien habla por detrás y les dicta a los personajes, o bien a los acontecimientos lo que tienen que decir. ¿Cuál es la distancia que debería primar entre el narrador y el personaje? ¿O es que esa distancia no existe y todo es un juego vacío, un espejo frente a otro espejo? El ser ama ocultarse. Ocultarse en los otros o en los nosotros, sabía aventura.

El narrador es aquel que renuncia a decir "yo", pero delega ese poder a los propios otros; el relato se puebla de pequeños egos atormentados, ambiciosos desgraciados, aunque siempre satisfechos en su desgracia. El narrador sólo está allí en el momento de alzarse el telón. No cuenta, sino que muestra, y el lector no lee sino que mira, presenciando, participando sin participar.

EL narrador debe vivir no solamente en diálogo con los otros, sino consigo mismo. El narrador de marras no olvida lo fundamental que es mantener su pluralidad, diálogo entre el yo y los otros yoes; su sagrada esquizofrenia que el hace hablar a su yo corporal, su yo social, su yo cínico, su yo lascivo, su yo metafísico. Esa voz hecha de líquidos y sustancias con que el hombre dibuja su muerte, esa voz alquilada de Dios y compartida con el diablo. Ya que la gran literatura es aquella que revela al hombre no como una afirmación, como una unidad, sino como una fractura, como una interrogación. Al hombre en polémica consigo mismo.

No sólo con frases y palabras, también los textos se escriben con textos. Un relato de este tipo no se inspira en otros relatos, abjura de las fuentes, rompe el discurso monogámico; y más bien los releve, los reescribe, los reinsera en otro espacio; funda nuevas junciones, nuevos rompecabezas, donde las piezas de un juego cuadran en otro juego, y de este modo se arma una mixture virtual. Ars combinatoria, suma de fragmentos, préstamos, transmutaciones,

en suma una collagización de la escritura, producto del alto grado de mezcla y promiscuidad de los lenguajes dentro el habla cotidiana producto además de una literatura que hace literatura de la propia literatura.

Hoy, ya no corresponde establecer fronteras rígidas entre el relato, la poesía y el ensayo. Se veo la necesidad de ir más allá de las ortodoxias de género. Para bien o para mal Octavio Paz en el "Mono gramático" escribe esto que no resiste la tentación de leer, de leer y compartir:

"lo mejor será escoger el camino de Galta, recorrerlo de nuevo (inventarlo a medida que lo recorro) y sin darme cuenta insensiblemente, ir hasta el fin -sin preocuparme por saber qué quiere decir "ir hasta el fin"- ni qué es lo que yo he querido decir al escribir esta frase. Cuando caminaba por el sendero de Galta, ya lejos de la carretera, una vez pasado el pasaje de los bananos y los charcos de agua podrida, traspuerto el Portal en ruinas, al penetrar en la plazuela rodeada de casas desmoronadas, precisamente al comenzar la caminata, tampoco sabía a dónde iba ni me preocupaba saberlo. No me hacía preguntas: caminaba, nada más caminaba, sin rumbo fijo. Iba al encuentro... ¿de qué iba al encuentro? Entonces no lo sabía y no lo sé ahora. Tal vez por eso escribí "ir hasta el fin"; para saberlo, para saber qué hay detrás del fin. Una trampa verbal; después del fin no hay nada pues si algo hubiese, el fin no sería fin. Y no obstante, siempre nos aguarda. Andamos sin dirección fija pero con un fin (¿cuál?) y para llegar al fin. Búsqueda del fin, terror ante el fin: el haz y el enevés del mismo acto". Y: al culminar dice: "las imágenes, los recuerdos, las figuraciones fragmentarias - todas esas sensaciones, visiones y semipensamientos que aparecen y desaparecen en el espacio de un parpadeo, mientras se camina al encuentro de ... El camino también desaparece mientras lo pienso, mientras lo digo".

Este itinerario, casi relato, casi poema, casi pensamiento, metáfora de la escritura, no es el único. Dentro esta orquestación heterocílica me vienen a la memoria la prosa de Marcel Schwob, las narraciones de José María Hortalano, texos memorables de ese enorismo y entrañable cronopio: Julio Cortázar, o esa obra desmesurada que manotea y canta: "El loco" de Arturo Borda. Personajes y situaciones, sobre la frágil cornisa de la paradoja, esto es, de una deliberada inserción de la lógica poética en el relato y de la cópula entre ésta y la vena del ensayo. Podrá interpretárselo ad libitum, pero los resultados serán siempre el de un laberinto enhebrado en otro laberinto, el de una estación móvil, el de una santísima trinidad.

(continuará)